

Cambio climático y clase social

Una aproximación sociológica a los discursos de la clase trabajadora sobre el cambio climático



Estudio desarrollado en el marco del proyecto “**Klima Gasteiz: Multi-actor engagement to land Net Zero and Climate Adaptation EU Missions to the municipality of Vitoria-Gasteiz**”



Traza Consultoría, S.L.L

www.trazaconsultoria.com

Paula Jiménez Argumosa

Gonzalo Navarrete



Gea 21, S.L

www.gea21.com

Begoña Pernas Riaño

Alfonso Sanz

Marta Román



**Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala**

En colaboración con el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Con la colaboración de la Unión Europea y Energy Cities, en el marco de la convocatoria “Scalable Cities Action Grant”.



**Funded by
the European Union**

The European Commission support for the production of this publication does not constitute endorsement of the contents which reflects the views only of the authors, and the Commission cannot be held responsible for any use which may be made of the information contained therein.

Índice

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Introducción..... | 5 |
| Minorías activas o mayorías sociales en las misiones climáticas..... | 6 |
| Hablemos de clase social, no de vulnerabilidad..... | 7 |
| Metodología..... | 8 |
| Posiciones sociales. El cambio climático ante el cambio de época..... | 10 |
| La clase obrera en crisis..... | 10 |
| Jóvenes sin discurso de futuro..... | 13 |
| Inmigrantes: otra clase trabajadora..... | 14 |
| ¿Qué futuro? Tiempos y escalas del cambio climático..... | 15 |
| La escala planetaria y el tiempo cíclico..... | 15 |
| La escala nacional y el futuro estancado..... | 17 |
| La escala local y el tiempo biográfico..... | 19 |
| Campos discursivos que articulan la percepción de las clases trabajadoras..... | 21 |
| El proceso de despolitización. Del terror y la culpa al relativismo y la naturalización..... | 21 |
| El cambio climático como cortina de humo. Una sensación de engaño y estafa..... | 23 |
| La impotencia popular. Pequeñas personas atomizadas frente a grandes poderes..... | 25 |
| La muerte del barrio. La pérdida de sociabilidad en la ciudad..... | 27 |
| Conclusiones. Ni negacionistas ni ignorantes..... | 28 |
| Recomendaciones. Cómo politizar y socializar un problema complejo y polarizado..... | 31 |
| Reconstruir la escala y el tiempo de la acción..... | 32 |
| Conectar con preocupaciones de las personas..... | 32 |
| Discurso cuidado: discernir el trigo de la paja..... | 34 |
| Educar, ¿en qué y a quiénes?..... | 35 |
| Transición de relaciones y lazos..... | 37 |
| Enfoque multidisciplinar e interdepartamental..... | 38 |
| Referencias..... | 39 |

Introducción

La Comisión Europea ha planteado en su último programa Horizonte Europa (2021-2027)¹ una nueva forma de abordar los retos de nuestra época. A través de cinco misiones, se propone un camino de transformación e innovación en Europa, con objetivos claros que deben alcanzarse en un plazo determinado. El municipio vasco de Vitoria-Gasteiz participa en dos de estas misiones; (1) Adaptación al cambio climático buscando la transformación social; y (2) Ciudades inteligentes y climáticamente neutras. Para caminar hacia los escenarios que plantean ambas misiones, el municipio necesita generar nuevas formas de gobernanza y colaboración que permitan la innovación pública y el fortalecimiento de alianzas con la ciudadanía y el sector privado.

Con este fin, el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz colabora con las consultoras TRAZA y gea21 en el proyecto "Klima Gasteiz: Participación multi-actor para socializar las Misiones Europeas de Adaptación y Mitigación al Cambio Climático en el municipio de Vitoria-Gasteiz", enmarcado en el programa europeo "Scalable Cities"². Este proyecto pretende investigar y diseñar nuevas formas de gobernanza de las políticas climáticas del municipio.

Para ello, se plantea una primera fase, cuyos resultados se recogen en este informe, de **investigación sociológica de los discursos y percepciones de los grupos sociales más alejados de las políticas climáticas**. Los resultados arrojan luz sobre cómo y por qué hay grupos sociales menos comprometidos con este tema, y sobre todo cuál es el papel del Estado y de las políticas públicas en el abordaje de los riesgos climáticos. En una segunda fase, se diseñará y pondrá en marcha un modelo de gobernanza para impulsar las misiones.

Como señala el sociólogo Ulrich Beck (2006, p. 6), "los riesgos se han convertido en una de las principales fuerzas de movilización política, sustituyendo muchas veces, por ejemplo, a las referencias a las desigualdades asociadas a la clase, la raza y el género". Además, la sociedad del riesgo conecta "áreas que habían sido estrictamente discretas: el problema de la naturaleza, la democratización de la democracia y el futuro papel del Estado". Este marco del riesgo global "exige una reforma institucional de esas 'relaciones de definición', la estructura oculta de poder de los conflictos del riesgo", con "una esfera pública mejor desarrollada, en la que puedan debatirse y juzgarse cuestiones valorativas cruciales que subyacen a los conflictos del riesgo".

¹ <https://www.horizonteeuropa.es/misiones>

² Podría traducirse como "Ciudades que van más allá" o que amplían los objetivos.

Este estudio aporta una mirada sociológica de la cuestión climática, novedosa por atender a aquellos grupos excluidos de una conversación que a menudo es percibida como tecnocrática y global.

Minorías activas o mayorías sociales en las misiones climáticas

El objetivo del proyecto y de las misiones impulsadas por la Comisión Europea es socializar la política climática para ampliar su alcance y acelerar su implementación, favoreciendo la participación creativa de diferentes grupos y organizaciones, públicas y privadas³. Por lo tanto, la pregunta es: ¿Qué hace falta para que más personas y entidades participen en la Misión climática de Vitoria? ¿Qué se debe comunicar desde las instituciones, qué medios hay que poner y cómo lograr el acuerdo y el apoyo de la población en relación a unas políticas que afectan a las estructuras de producción, distribución y consumo, pero también a hábitos, empleos, y relaciones sociales?

Esta es la pregunta a la que intenta responder este estudio cualitativo, continuando la aún corta lista de investigaciones del cambio climático que apuestan por "desplazar la atención desde el eje del clima y sus manifestaciones biofísicas, al eje del cambio y sus derivaciones sociales" (Arto, M. et al., 2022, p.272). Sabemos que en este tema, como en otras cuestiones clave, existen minorías muy concienciadas y poderes públicos, que han puesto en marcha políticas de adaptación y mitigación, en un consenso general sobre la gravedad y la importancia del cambio climático, al menos en Europa⁴. Esas minorías se encuentran en diferentes ámbitos sociales y profesionales: activistas de la ecología, jóvenes preocupados por el futuro climático, empresarios/as de la economía verde, educadores/as y artistas, científicos/as que vigilan los datos, universidades y *think tanks*, equipos técnicos de las administraciones locales, medios de comunicación, etc.

Todos estos actores no están en absoluto de acuerdo sobre las medidas, su ritmo, o su impacto. Pero todos comparten varias certezas: la gravedad de la situación, la necesidad de actuar con profundidad, y la urgencia de los plazos. El consenso se expresa en el impulso a una transición hacia una economía descarbonizada y adaptada a los efectos del cambio climático.

Al mismo tiempo, sabemos que una gran parte de la población observa el tema, con ansiedad o con indiferencia. Los datos muestran que el cambio climático no aparece

³ Donella Meadows, científica ambiental y autora de los Límites del Crecimiento, reclamaba ya en 1994 que la visión sobre el cambio climático debía estar articulada, compartida y discutida socialmente para no darla por sentada.

⁴ Prueba de ello son los consensos científicos recogidos por el IPCC (Panel intergubernamental por el cambio climático, por sus siglas en inglés) en torno a la evidencia y probabilidad de los riesgos climáticos.

espontáneamente como una preocupación de la población, al menos en España, pero una vez mencionado, todo el mundo alude a su extrema gravedad⁵. También existen movimientos en toda Europa que se oponen frontalmente a algunas de las medidas propuestas, en relación con la agricultura, la movilidad o la energía, entre otras. Sus intereses son tan variados y contradictorios como los intereses de los grupos del consenso climático, pero pueden cristalizar en respuestas y movilizaciones muy importantes y paralizar o desviar políticas. Por último, existen minorías, con intereses económicos opuestos o con ideas propias sobre el fenómeno, que niegan directamente que el tema tenga la relevancia o las causas que se le atribuyen.

En estas condiciones, y con la certeza de que el cambio climático es un tema de gran complejidad y polarización, nos preguntamos cómo abordar la participación social. El objetivo de este estudio sociológico en la ciudad de Vitoria es recoger y analizar la posición y las opiniones de grupos sociales que no pertenecen a esas minorías activas que han construido el consenso climático.

Para ello, se ha realizado una selección de grupos de discusión, que responde a la voluntad de comprobar cómo perciben el cambio climático personas que no están –a priori– entre esas minorías: varones trabajadores, mujeres de los barrios populares, inmigrantes y jóvenes no emancipados y con estudios medios y bajos. Son grupos sociales diferentes, que tienen en común no pertenecer a las clases medias cosmopolitas y cuya experiencia de la ciudad es el anclaje local: no pueden escapar de los problemas urbanos y perciben con nitidez las contradicciones de los discursos hegemónicos sobre el cambio climático, tal como ha sido propuesta por el citado consenso. Al mismo tiempo, no se puede hablar de participación o de socialización de la misión climática sin tenerlos en cuenta.

Hablemos de clase social, no de vulnerabilidad

Lo que tienen en común los cuatro grupos analizados es que pertenecen a la clase trabajadora. Un número creciente de estudios abordan la dimensión social del cambio climático (Arto et al., 2020, Lázaro, González y Escribano, 2019; Valdor, Gracia y

⁵ Así lo muestra el análisis del CIS de los últimos años. La población no suele mencionar temas medio ambientales entre sus preocupaciones más serias, pero si se pregunta por el grado de importancia del cambio climático, en general la respuesta muestra una gran preocupación y más de un 80% lo consideran un problema “extremadamente serio”. Ramos Torre, R. y Callejo Gallego, J. (2022). “La preocupación social por el cambio climático en España: una aproximación cualitativa”. *Política y sociedad* (Madr.) 59(3), 74131. En otras encuestas, cuando se pide que se puntúe la gravedad del cambio climático, la puntuación es alta, aunque menos que en otros temas como el empleo, la inflación, la corrupción, etc. Esade (2022): *Radiografía de las divisiones y consensos de la sociedad española en torno al cambio climático*.

Quevedo, 2019; Wynne, 2004), pero no tienen en cuenta la clase social salvo en tanto que “grupos vulnerables”. Es decir, parten de la idea de que hay territorios, barrios y grupos sociales –por edad o por renta- mucho más expuestos a los riesgos climáticos que otros⁶.

En un segundo plano, cuando aparece el término de grupos vulnerables es porque se considera que hay ciertos sectores más expuestos a los costes y riesgos de la transición ecológica. No es que puedan sufrir más las olas de calor o que vivan en áreas inundables. En este caso el riesgo es perder el empleo o verse obligados a drásticos cambios en los sectores productivos a los que pertenecen y por lo tanto en sus medios y formas de vida, como pasa con parte de la población dedicada a la agricultura, pero también los que viven del turismo en zonas costeras, los trabajadores de sectores industriales “obsoletos”, los mineros, etc. Estos dos planos llevan a definir a parte de la población como “vulnerable” y necesitada de ayuda, en un caso para mitigar el impacto del calentamiento global en sus vidas; en el otro, para compensar las políticas de transformación que amenazan con dejar atrás sus conocimientos y empleos.

Pero hay una tercera dimensión que rara vez se aborda: las percepciones y opiniones populares no suelen tomarse en serio sin tildarlas de desinformadas, o en el peor de los casos, de “negacionistas”. Pero si no se escuchan y asumen las formas de pensar de la población a la que le pedimos que se implique, mediante la participación activa o la adhesión a las políticas, es difícil que logremos “socializar” una misión que no se entiende o no se comparte por mayorías sociales. Las personas de clase trabajadora tienen una opinión valiosa sobre lo que está sucediendo, una opinión socialmente situada, que responde a su experiencia y a sus necesidades. Tenerla en cuenta es el objeto de esta investigación.

Metodología

Por lo tanto, no se han buscado grupos vulnerables (objeto de políticas), sino segmentos de la clase trabajadora, en tanto que sujetos políticos. Hablamos de segmentos porque un trabajo de naturaleza exploratoria no puede abordar de forma amplia las transformaciones de clase. Pero sí permite seleccionar en el territorio social, ciertos lugares donde realizar “catas” para observar qué está pasando, qué tienen en común esos grupos y cómo se sitúan frente a la cuestión planteada.

⁶ Desde problemas de salud asociados a ciertos entornos más expuestos, a las olas de calor, por ejemplo, hasta riesgos de inundaciones, incendios o sequías, etc.

La metodología cualitativa basada en grupos de discusión tiene como objetivo captar y reconstruir el discurso, el pensamiento, los sentimientos y las motivaciones de individuos agrupados según una serie de rasgos sociales. Estos grupos “representan” parte de la estructura social en tanto que se reconocen ante un tema y recrean una posición común susceptible de ser analizada. No se buscan opiniones individuales luego agregadas y estadísticamente representativas, sino discursos que se producen en el momento, que circulan en el grupo y explican las posiciones y comportamientos de las personas que tienen esos rasgos sociodemográficos. La comparación entre ellos permite dibujar posiciones y perspectivas sociales que indican cómo se percibe ese grupo (a sí mismo, como colectivo), cómo ve el tema propuesto y cómo se relaciona con los discursos hegemónicos sobre el cambio climático.

Es evidente que este estudio solo cubre una parte pequeña de esa sociedad, pero es precisamente aquella que no suele ser escuchada ni estar representada en las esferas donde se toman las decisiones. El consenso climático es tan poderoso que no hemos considerado necesario hacerlo explícito en los grupos: todos se sitúan frente a él y espontáneamente muestran su acuerdo o desacuerdo con sus premisas.

Por otra parte, en el transcurso del proyecto Klima Gasteiz, hemos mantenido reuniones y talleres con personas que pertenecen a las minorías concienciadas y activas, cuyas opiniones tienen muchas vías para alcanzar al Estado o para configurar las políticas. No así los grupos populares cuya visión presentamos. De ahí que metodológicamente se haya optado por cuatro grupos que parecen alejados del discurso oficial del cambio climático. O al menos que aparecen menos frecuentemente en el consenso climático, o incluso aparecen a veces como negacionistas u objetores de dicho consenso. Son los siguientes:

- Grupo 1 (G1). Varones entre 45 y 60 años, clase trabajadora en los sectores de industria, construcción, agricultura, etc.
- Grupo 2 (G2). Mujeres entre 55 y 70 años, de clase trabajadora, con empleo, paradas y amas de casa. Vecinas de barrios populares de Vitoria.
- Grupo 3 (G3). Inmigrantes, mixto, entre 30 y 45 años, residentes en Vitoria.
- Grupo 4 (G4). Jóvenes entre 18 y 25 años. Mixto. Sin estudios y con trabajos precarios. Alejados de la participación social.

La conversación generada en los grupos es transcrita y analizada mediante la técnica de análisis del discurso, que permite captar no solo las opiniones explícitas, sino las imágenes, las metáforas y las derivas del lenguaje que expresan las motivaciones del grupo, su identidad y sus conflictos.

Posiciones sociales. El cambio climático ante el cambio de época

Uno de los resultados más importantes es que la percepción de los cuatro grupos respecto al cambio climático es homogénea, a pesar de tener rasgos sociodemográficos muy diferentes. Es decir, en la visión del cambio climático, la clase social pesa más que el género, el origen o incluso la edad. Los cuatro grupos comparten las opiniones, hasta el punto de utilizar expresiones similares, porque comparten una identidad social. Esta identidad es la que hemos llamado “clase obrera en crisis”. Sin duda, hay muchos matices entre hombres y mujeres, autóctonos e inmigrantes, y adultos y jóvenes, pero lo que les une es suficiente para sostener su discurso y explicar su posición, que describimos a continuación.

La clase obrera en crisis

Los varones adultos se identifican inmediatamente como clase obrera: “*Nosotros los obreros*”. Ellos son “*el trabajo*”, los que sostienen el mundo cuando hay problemas. Y al mismo tiempo, describen la crisis de esa identidad: lo que les amenaza es el fin de un mundo industrial que configuró durante varias generaciones no solo su modo de vida, sino sus relaciones y vínculos sociales. La prueba de la que la sociedad industrial era una “sociedad” y no solo un modelo de producción, es la similitud de las ideas del grupo de mujeres de barrios populares de Vitoria. Ellas no hablan del trabajo, más bien de la familia y de los barrios, pero están describiendo un mundo común. Y es un mundo que se acaba.

La preocupación de las clases populares, si atendemos a estos dos grupos, se sitúa en las condiciones sociales de su vida: las condiciones de empleo y salario en un mundo laboral que encuentran cada vez más desarticulado y en el cual es más difícil reclamar y organizarse: “*perder derechos y no salir nadie a la calle a defenderlos*”; los precios de todos los bienes necesarios, empezando por la vivienda, que atribula sobre todo a los “recién llegados”, inmigrantes y jóvenes; la demografía, pues al envejecer la población, todo proyecto emancipatorio y todo cambio social se estanca. La falta de niños y niñas es la primera preocupación enunciada por las mujeres de barrios populares, pero aparece también entre los hombres en un discurso que no es habitual entre las clases medias.

Junto a la preocupación por los aspectos materiales de la vida, surge en el mismo plano y con similar intensidad la amenaza del fin de un mundo moral. Pues ser obrero o ser

ama de casa no era solo situarse en los dos lados de un sistema de producción industrial, caracterizado por la división sexual del trabajo. Era también compartir una rica vida social que está desapareciendo. Y una vida social que tenía valores muy apreciados, pues sostenía la solidaridad en fábricas y en barrios y compensaba la dureza de la vida. Eso era lo que se enseñaba a los hijos: la solidaridad del mundo del trabajo y la buena vecindad en los barrios.

A la pregunta sobre las amenazas del presente, este es el tema más citado por estos dos grupos de adultos: la atomización social, la ruptura de las redes sociales, la individualización que deja a la gente no únicamente más débil y más sola, sino que genera una sociedad “aburrida” y sin alegría. “*No hay sociedad*” concluye un participante. “*Estamos atomizados hace muchísimo tiempo, nos hablamos por cortesía, y punto, no nos tocamos*” (G1). Las mujeres hablan de que se han vuelto “*burbujas*” (G2).

Sin relaciones sociales, sienten su irrelevancia. Pues su “*identidad*” no es una sustancia con ciertas características culturales, sino una posición y una ética: dar algo a la sociedad para ser alguien.

“Y además en lugar de pensar en sentido individual, se pensaba en sentido colectivo. Tienes que trabajar, tienes que esforzarte porque todo te lo da la sociedad y tú tienes que devolverle a la sociedad...” (G1)

La cultura del nuevo capitalismo (Sennet, 2006), caracterizada por la realización personal en un mundo sin fronteras, no es la suya, y difícilmente la de sus hijos. Lo que ofrece, movilidad social en un espacio abierto a sus intereses, no está a su alcance; o sus bienes y promesas no les parecen moralmente interesantes, como la comodidad o el consumo.

Por lo tanto, ambos grupos viven y describen una ruptura, la de un mundo industrial y su reverso de género, un rico entorno vecinal, que se ha perdido. Son conscientes de que están en un mundo nuevo, una nueva economía de perfiles poco claros. Lo que observan son dos dimensiones que no les agradan. Por un lado, frente a la antigua explotación, hablan de especulación, es decir la explotación de bienes públicos, agua, recursos, energía, vivienda⁷. Y frente a los lazos sociales, una sociedad de individuos que se mueven por dinero.

En relación con el tiempo y el espacio, el género crea dos discursos diferentes. Para los varones hay una clara ruptura: con un pasado donde el trabajo tenía más poder y

⁷ Coincidiendo con críticas académicas del capitalismo actual, por ejemplo Fraser. N. (2023): *Capitalismo canibal*, Siglo XXI, Madrid.

capacidad de decisión sobre sus propias condiciones. Describen y padecen el fin de la era industrial. Hay que tener muy en cuenta esta idea porque es clave: cuando se habla de cambiar el modelo productivo y de descarbonizar la economía, existe una clase social que fue parte esencial de ese mundo y que termina con él. La clase obrera siente que sus bases materiales y morales se tambalean. Parece lógico que sus miembros discutan esas políticas o se sientan desplazados o poco respetados por las decisiones sobre el fin de la industrialización. Si todo era malo en el mundo industrial, ¿ellos también? ¿Van a ser también “des-carbonizados”? Y sobre todo, ¿qué va a reemplazar ese mundo?

Solo las clases medias-altas y las élites tienen la creencia de que toda la población se va a desplazar a una sociedad posmaterial y cosmopolita. Esa promesa no parece funcionar y por lo tanto, todo lo que impulsa un cambio de era, como el cambio climático, debe entenderse en relación con esta fractura moral y esta pérdida de sentido histórico que describen las clases populares⁸.

Para las mujeres de este grupo, el tiempo es más cíclico. Imaginan la vida social como una constante adaptación, se sitúan entre sus padres, que vinieron del pueblo, y sus hijos, que a lo mejor tienen que marcharse y emigrar, y esa misma línea biográfica sostiene su relativo optimismo. La vida “*es una rueda*”, narran adaptaciones de generaciones pasadas y propias frente a cambios y retos constantes, no hay tanta ruptura como en el discurso masculino, puesto que la industrialización fue también una etapa. No hay idealización, sino confianza en la capacidad humana y popular de salir adelante.

Su conflicto se relaciona más con el espacio: ellas están muy cerca de lo local, las necesidades cotidianas y los lazos sociales, y por ello la globalización y su discurso (incluido el cambio climático) les parece lejano y sospechoso. Como si les quitara el suelo bajo los pies sin ofrecer nada a cambio. Sus preocupaciones tienen que ver con la falta de niños, lo que puede precisamente romper el ciclo; el cierre del pequeño comercio; el final de la vida comunitaria, el aislamiento y la falta de alegría. Su identidad es también posicional: “la vecina”, una posición social tan importante como “el obrero” en la división sexual del trabajo de la etapa industrial. E igualmente en crisis puesto que la forma de vida actual hace imposible ejercer ese rol que las constituía.

⁸ Y que confirma parte de la sociología del riesgo. Así, Beck (2004) cuando explica que los conflictos ecológicos no son un problema del mundo que nos rodea (como si existiera una naturaleza que recibe el impacto colateral de la era industrial), sino “una profunda crisis institucional de la primera fase (nacional) de la modernidad industrial”.

Jóvenes sin discurso de futuro

¿Y los hijos de la clase obrera? El grupo de jóvenes con estudios medios y bajos, algunos con empleos, pero todos viviendo en casa de sus familias, puede ayudar a contestar a esta pregunta. Lo primero que llama la atención es que no tienen una visión colectiva del futuro, y apenas la tienen individual.

Son una minoría social, demográficamente hablando, y además privatizada, es decir, pertenecen a sus familias que los sostienen, puesto que no ven posibilidades de emancipación en las condiciones actuales. Lo que amenaza su presente es la precariedad de los trabajos y la carestía de la vida y de la vivienda.

Definen su presente como un “ahora” que se opone a un pasado que era más estable y más próspero. Es evidente que no sienten nostalgia de un mundo que no han conocido, el de sus abuelos, pero tienen que citarlo porque carecen de temporalidad y proyecto propio.

“Hablando con la gente mayor, los abuelos y así, trabajaba antes un abuelo y criaba a seis hijos, y tenía una casa, un coche y todavía se iban por ahí. Hoy en día con un sueldo no haces eso” (G4)

“Ahora para los jóvenes tener un trabajo digno y con un sueldo bueno es complicado”. (G4)

El proyecto histórico de abuelos y padres (precisamente el mundo industrial que está desapareciendo) es tan fuerte y tan presente, que no tienen nada que oponerle. Carecen de discurso. Son espectadores de un mundo al que no pertenecen y que no les pertenece. Su vocabulario es el de la impotencia: son “*granos de arena*”, son “*los de abajo*”, son “*gente de lo más normal*”, etc.

Cuando hablan de su propio mundo citan la tecnología, en términos de amenaza –algo de lo que no se puede escapar y que va demasiado rápido- y la enfermedad mental, la depresión como el rasgo de la época. Solo una voz discrepante cree en el poder individual de llevar a cabo los propios proyectos de vida.

En esta crisis del futuro que padecen, están suspendidos entre un pasado de enorme fuerza y presencia y un presente que se les escapa puesto que no pueden asirlo, tanta es su velocidad. En este sentido, dependen de sus fuerzas y sus deseos para vivir. Mientras que un par de personas encuentran en sus propias fuerzas asidero para tener proyectos, el tono del grupo es la desmoralización. Fiarte a tus propios deseos, sin proyecto colectivo, no resulta alentador ni sostiene las biografías:

“A mí me agobia mucho pensar en el futuro, yo lo paso fatal pensando en el futuro, porque no sé qué va a ser de mí, no sé lo que voy a querer, hoy sé lo que quiero, pero igual la semana que viene me apetece trabajar de otra cosa o irme a otra ciudad...” (G4)

Inmigrantes: otra clase trabajadora

Los emigrantes no tienen un mundo industrial, difícil, pero estable y rico, que recordar. Vienen de otras experiencias económicas, de la inestabilidad política y encuentran que Vitoria es una ciudad bonita, acogedora y segura. Su discurso se diferencia de los otros, sobre todo demográficamente: lejos de parecerles que el problema es la baja natalidad, les preocupa la superpoblación, un sesgo cultural de difícil interpretación.

Por un lado, tiene que ver con un discurso de los países de origen, donde recursos y población parecen desequilibrados; por eso tuvieron que emigrar. Por el otro, suena como una adaptación acelerada a la baja natalidad española. Se prometen no tener hijos, al menos no aumentar la familia, a sabiendas de que es condición de su prosperidad. En esa proyección, ven Vitoria como una ciudad que crece y amplía sus límites. Sienten que hay muchos inmigrantes y que no para de llegar gente, llenando los huecos de los buenos empleos y las oportunidades. Este sentimiento de que hay mucha emigración tiene que ver –creemos– con la competencia en una ciudad que no ofrece ilimitadas posibilidades, y no con un dato real, puesto que Vitoria no es una ciudad con una proporción exagerada de extranjeros⁹.

Las amenazas que perciben son materiales en primer lugar; el precio de la vivienda, la menor disponibilidad de buenos empleos - *“Precios que suben, pero la nómina nunca sube”*. Y en un segundo momento se relaciona con la integración: cuentan que sus hijos no van a tener fácil la movilidad, por el euskera que les cuesta un gran esfuerzo y no llegan a dominar, y las condiciones de vida que no parecen mejorar, es decir, la relación entre sueldos y precio de la vida.

A pesar de sus rasgos diferenciales, veremos que su discurso sobre la transición y el cambio climático está muy próximo al de los demás. Finalmente, son clase trabajadora, otro fragmento que unir al puzzle que es ahora la sociedad de clases, y sus intereses y puntos de vista son similares. ¿Cuál es este punto de vista? El sentimiento de estar embarcados en una transformación cuya lógica no entienden o no comparten es común a los cuatro grupos.

⁹ Según datos del INE, en el año 2022, la población extranjera alcanzaba el 16%.

¿Qué futuro? Tiempos y escalas del cambio climático

Los ejes del tiempo y del espacio sitúan a los grupos entrevistados y también determinan el marco en el conciben y reflexionan sobre el cambio climático. "La sociedad del riesgo global abre el discurso público y la ciencia social a los retos de la crisis ecológica, que como sabemos ahora, son globales, locales y personales al mismo tiempo" (Beck, 2004).

A nuestro entender, la politización del tema, es decir la capacidad de concebir y de llegar a acuerdos sobre los propios intereses y los objetivos de las políticas, depende de que el tiempo y el espacio adquieran una escala común y coherente, que pueda ser abordada por movimientos sociales, políticas públicas e instituciones.

Existen varios planos donde se cruzan tiempo y espacio en torno al cambio climático. Son importantes porque determinan la capacidad de actuar, y por lo tanto el papel de la política y de sus actores. Las misiones de la Comisión Europea tienen que tener, al igual que cualquier política pública, un marco espacial y temporal comprensible y abarcable. En los discursos analizados, aparecen las siguientes temporalidades y escalas: (1) La escala planetaria y el tiempo cíclico, (2) La escala nacional y el futuro estancado, y (3) La escala local y el tiempo biográfico.

La escala planetaria y el tiempo cíclico

Esta escala es la primera citada cuando se pregunta directamente por el cambio climático. Responde claramente a un discurso general, de consenso, transmitido por los medios de comunicación y los expertos. Aquí el objeto de preocupación es "el planeta" que aparece como nueva esfera de acción, que padece todo tipo de males: sequías, mares llenos de basura y plásticos, pérdida de fauna, guerras por el agua, polos que se deshacen, etc. Y siempre vinculado al calor.

Las mujeres son más proclives a describir los problemas cotidianos, sobre todo la posible falta de agua y alimentos. Los jóvenes, a pensar en términos de final o falta de futuro: "vamos a morir", "destrucción". El grupo de inmigrantes aún en un discurso todos los males y catástrofes naturales que han conocido o visto en los medios, describiendo un mundo caótico: epidemias, contaminación de los mares, tsunamis, volcanes, terremotos, sequías, etc.

“Pero yo siento que es más palpable, como cada vez hay más catástrofes. No sé si tiene que ver con el calentamiento...”. (G3)

Sólo los varones adultos pasan rápidamente a hablar de la “contradicción”, es decir, a discutir críticamente el concepto mismo de cambio climático.

El sujeto que aparece en ese contexto es la humanidad o el ser humano, un vago e indefinido “nosotros”:

- *“Nos estamos cargando el planeta a pasos agigantados”,* (G1)
- *“que la hemos cagado”,* (G1)
- *“...que el ser humano es una calamidad”.* (G2)

Pero la humanidad no es un sujeto político. Aparece más bien como un infante, un ser desastroso pero frívolo al que no se puede dejar solo. La escala global infantiliza así a los que hablan, convertidos en sujetos impotentes y sin intereses ni planes de futuro. Alguien les ha dicho que lo han hecho mal y asumen ser regañados y castigados (¿Por quién?, ¿por un Dios? ¿Por un panel de expertos?), pero no ven cómo cambiar, puesto que al parecer comportarse mal es su naturaleza.

Acorde con esta escala global, el futuro se ve lejano. Puesto que se ven obligados a pensar en términos de planeta, la reacción normal, que se repite en todos los grupos, es ampliar la escala del tiempo y estirla para hacerla acorde con la escala espacial. Los tiempos largos del planeta llevan a varias imágenes:

- La geología: *“El propio mundo genera cambio climático”,* (G1)
- La naturaleza misma de la vida *“... ¿pero no será también un futuro de la misma vida?”,* (G2)
- Las extinciones recurrentes, *“No es la primera extinción que pasaría, ni sería la más grave”,* (G4)
- Finalmente a una visión del tiempo que desborda completamente la vida humana y que tiene su propia dinámica circular y su Historia natural: *“Esto es cíclico”* (G2), *“Reinicio, porque no es la primera vez que la Tierra se inunda, que se congela, que se quema, que se va a la mierda y vuelve otra vez a renacer la vida...”.*(G4)

Si es la tierra el sujeto de sus propios humores y cambios, el ser humano no pinta mucho. Empezando porque no tiene tanto poder y el tiempo humano es mucho más breve que el del clima y el planeta: *“A ver, las personas perduramos muy poco tiempo y los montes y los lugares perduran mucho tiempo...”* (G1)

Si no piensan “hacia atrás”, en la historia planetaria, sino hacia adelante, en el futuro de la humanidad, de nuevo la escala impide tomarse muy en serio los riesgos:

- *“Un siglo es mucho tiempo”,*
- *“Que no es de poco para aquí, que yo creo que para cuando ocurra que haya grandes desastres climáticos va a pasar todavía yo creo que mucho tiempo”,* (G2)
- *“Pero yo ahora mismo no me voy a poner a pensar en la vida de mis descendientes porque no tengo”* (G4)
- *“Hombre a ver, ¿a quién le importan 100 años? ¡A ninguno!”* (G3)

Aunque alguna tímida voz se preocupa porque *“la humanidad desaparezca”* (G4), en general la larga duración del tiempo asociado a la vida del planeta empuja a los participantes al escepticismo y finalmente a la inacción. Como veremos en el siguiente capítulo, la discusión se traslada a la responsabilidad humana e inmediatamente a la culpa individual, y ahí se confirma la impotencia: *“A ver, si hace calor y se está desarmando el hielo, qué culpa tenemos nosotros de que haya más temperatura...”* (G2)

La escala nacional y el futuro estancado

Existe una segunda escala, más abarcable, donde el escenario no es ya el planeta, sino una sociedad internacional, los países y naciones que conforman la geografía humana. De acuerdo con esta visión, cuya representación es el “mapamundi” y no el planeta girando en el espacio, el tiempo y el futuro también se acortan. La escala se hace abarcable y los objetivos son más concretos aunque ambiciosos: limpiar los océanos o reducir la emisiones de carbono parece posible. Ya estamos hablando de tiempos abarcables y de actores reales y con poder, como los Estados y las empresas.

En cuanto al cambio climático, hay un acuerdo en que quizás *“lo aceleramos”*. Es algo natural, pero la actividad humana tiene impacto y responsabilidad. ¿A quién corresponde actuar entonces?

“Esos campos que hay de basura, de plásticos, pues ahí el gobierno tendría que mirar un poquito a ver cómo lo arreglan”. (G2)

“Pero, ¿Quién es realmente el que se tiene que mentalizar? ¿Los Estados, a lo mejor las que contaminan, una China con el carbón, uno con las máquinas?” (G1)

Todos los grupos miran a la política, pero inmediatamente surge la sospecha sobre su verdadera capacidad. La respuesta de los grupos es, una vez más, escéptica: ven a los gobiernos impotentes o interesados en que las cosas no cambien. Para empezar, al ser un fenómeno global, no hay gobierno que tenga poder para frenarlo. Además, quien manda es la economía, las multinacionales, el mercado.

- *“El mundo siempre ha tenido un dueño”*. (G1)
- *“El político no deja de ser un muñeco”*, (G3)
- *“Las grandes multinacionales, que son las que están fastidiando el planeta”*.

La visión de la debilidad de los gobiernos y su incapacidad para influir en el futuro está en todos los grupos, pero especialmente en el de los jóvenes. Al no tener un discurso colectivo ni un proyecto de futuro, no ven posible que la política cambie nada.

“O sea, el mercado no lo decidimos nosotros, ellos, los de arriba te dicen estás haciendo esto por equis razones, pero es que los que verdaderamente tienen el control y el poder no lo hacen nunca, y lo transforman en algo para sacar beneficio...”. (G4)

Entre el individuo y el mercado no parece haber mediación. La impotencia que observan se traslada a todos los actores públicos, como un rasgo de época, en el que se conocen todos los males pero nadie puede actuar.

“Pues yo creo que las políticas que tenemos no miran al futuro, somos demasiado egoístas, demasiado aquí y ahora, ¿no?”. (G2)

“Sabemos mucho, pero luego la teoría para llevarla a la práctica, yo creo que no es tan coherente”. (G2)

La política global solo aparece como disputa y guerra, y las políticas nacionales como limitadas o inexistentes. Europa no es mencionada como problema, pero tampoco como solución. De ahí el descrédito de la política: las expresiones contra los políticos se manifiestan sobre todo en los varones adultos. En los jóvenes se expresa como abstencionismo: ni han votado, ni van a votar. Solo algunas voces minoritarias defienden la utilidad de la política.

Son las mujeres, amas de casa de barrios populares, las que ponen la nota “optimista”, no porque confíen en la política, sino porque creen en la adaptación humana¹⁰. Si el tiempo es un ciclo, los hijos y nietos se adaptarán, como nos adaptamos todos a los

¹⁰ Recordando la frase de Beck en su libro sobre el riesgo global (2006): “Las personas están mejor adaptadas al futuro que las instituciones sociales y sus representantes”.

cambios históricos. El tiempo histórico, el tiempo de las generaciones, no es un tiempo político (aunque puede llegar a serlo), pero al menos es un tiempo humano y que confía en la capacidad de sobrevivir.

“Pues se van a acostumbrar, o sea lo van a ir viendo día a día...” (G2)

“Las generaciones que vengan sí que se adaptarán, porque nuestros padres han vivido de estar en el pueblo, de no tener nada, a estar con el móvil...”. (G2)

Y sentencian: *“Después de nosotros van ellos”*. Se entiende así que la primera amenaza que citan sea la ausencia de niños y niñas en la ciudad. Puede que después de ellas no venga nadie, y entonces su sentido histórico de la rueda vital se detiene.

La escala local y el tiempo biográfico

La escala local lleva al tiempo biográfico y por lo tanto a la capacidad de actuar y observar los efectos de las acciones. Es la primera dimensión que aparece entre las mujeres, que circunscriben los problemas a su experiencia vital, la ciudad, los barrios, las vecinas, la familia, etc. Pero también los demás grupos hablan de Vitoria, los emigrantes para alabar su tranquilidad, su tamaño y su dinamismo; los hombres adultos para mostrar su lealtad a la ciudad.

Los jóvenes también se refieren a Vitoria, pero más bien para explicar sus problemas y aludir a sus limitaciones. No hay mucho empleo, no hay oportunidades para personas como ellos, la vida es cara, quizás tengan que marcharse.

Ningún grupo percibe el impacto del cambio climático como un problema en sus vidas. Lo reconocen, claro está, pero ni la sequía que temen, ni la subida del nivel del mar con la que bromean (Vitoria con playa es un chiste recurrente en todos los grupos), ni el cambio en las temperaturas los ha afectado de momento. Al revés, Vitoria tenía unos inviernos fríos y lluviosos que se han mitigado y la relativa dulzura del tiempo no es negativa y hace más fácil la vida.

No debe entenderse esto como una despreocupación. Creen que va a haber problemas y están de acuerdo con las políticas locales de mitigación y sobre todo de adaptación. En el grupo de emigrantes, saltar de lo global a lo local es más evidente: *“Nos toca proteger la tierra, ¿no?, el reciclaje y usar el coche menos”*.

Pero este tipo de acciones, que todos reconocen, no se asocian con el discurso del cambio climático, cuya dimensión planetaria o geopolítica les parece completamente ajena a la escala local. Lo asocian con algo mucho más familiar para ellos; el cuidado y

la atención que todo buen ciudadano debe prestar a los asuntos del vecindario o de la ciudad.

“Estamos confundiendo y contribuye a tener un buen espacio en el que vivir, y estamos confundiendo lo que es el cambio climático con lo que es ser una persona cívica, y no ser un macarra, o sea que si yo tengo un papel, pues voy y lo deposito en el contenedor azul, y si tengo una botella de plástico en el amarillo... estamos confundiendo qué es el cambio climático y qué es eso que se llama civismo, urbanidad, entonces, ahí es donde se puede hacer algo...”
(G1)

Hombres y mujeres adultos citan un sentido común que les parece evidente y que apoyarían sin duda: no despilfarrar en el caso de las mujeres, y en los hombres “no ser un macarra”. Su vocabulario alude a la responsabilidad popular y al cuidado de lo propio: lealtad a la ciudad, civismo, valores, urbanidad y orgullo.

Un cuidado de lo colectivo que es justamente lo que les parece que se ha perdido en la nueva sociabilidad cosmopolita. El discurso del cambio climático lejos de llevar a ese terreno, aleja de él, porque todo sucede en una esfera en la que no existen vínculos personales ni acciones prácticas. Así, se les culpa de sus hábitos de consumo o de falta de conciencia, pero no se valora su esfuerzo ni se premia su solidaridad.

De hecho, la temática climática se expresa en actitudes individuales y morales (que los llevan a hablar de pecado y religión, como se verá) o bien estéticas: una ciudad limpia, verde y bonita como parece ser Vitoria. Un discurso y una ética globalizadas que hemos llamado “cosmopolita”, propio de clases medias que ignoran o pueden desconocer los lazos de obligación mutua, porque no los necesitan.

Así, el terreno común en el cual podrían volver a cuidar lo suyo y a sentirse orgullosos, y por lo tanto el terreno en el que participarían y podrían aportar su tiempo, no deja de menguar. Si no hay comercio, los barrios están muertos y las relaciones sociales son inexistentes, ¿en qué fundar esa acción colectiva que al parecer se les pide? La faceta moral y estética en la comunicación del calentamiento global no solo no les conmueve sino que los aleja de sus verdaderos intereses y de su propia ética.

Mientras, la ética de la buena vecindad y del orgullo de barrio retrocede y el discurso climático hace aún menos valioso lo que ellos y ellas sí pueden aportar a la conversación sobre este tema.

Campos discursivos que articulan la percepción de las clases trabajadoras

Una cuestión central en el análisis de la percepción que configura y regula el sentir, pensar y hacer en relación con el cambio climático viene dada por las estrategias enunciativas. Los campos discursivos con los que se da sentido a los relatos y a las políticas climáticas están atravesados por la clase social, y dan cuenta de los modos en los que las personas se posicionan. En este estudio, hemos identificado cuatro campos semánticos desde los que la clase trabajadora da sentido al cambio climático: (1) El proceso de despolitización; (2) El cambio climático como cortina de humo; (3) La impotencia popular; y (4) La muerte del barrio.

El proceso de despolitización. Del terror y la culpa al relativismo y la naturalización

Como se explicó más arriba, la reacción más inmediata al introducir el tema del cambio climático evoca una escala planetaria y también un discurso catastrofista, donde se acepta cierta politización al asumir que la humanidad es culpable. Entendiendo la politización como la problematización del cambio climático y comprensión de que es susceptible de ser transformado.

Sin embargo, indagando en ello, se plantean que difícilmente la acción individual (a la que parece estar delegándose la responsabilidad y la acción) puede abarcar un fenómeno tan inmenso y global. Esta sensación del cambio climático como algo inabarcable genera cierta despolitización, pasando a interpretar el cambio climático como natural e inevitable.

Como se puede ver en los siguientes verbatim, en primera instancia, aparece un discurso del terror, que relaciona el cambio climático con la muerte y la destrucción;

- *“Que nos vamos a morir de sed. Me da un miedo. Sin agua. Yo creo que va a haber guerras por el agua.” (G2);*
- *“Que la hemos cagado. Que nos estamos cargando el planeta a pasos agigantados. Y los primeros el gobierno” (G1);*
- *“Cambio climático, es el calor. Calentamiento global. La contaminación. (...) Eso ya mata al ecosistema, por no decir los tsunamis” (G3);*
- *“Destrucción. Vamos a morir.
 - *Pues yo pienso que engaño.” (G4).**

Al principio, emana un repertorio emocional de culpa y miedo. Si bien la culpa apela a la responsabilidad frente a una incidencia negativa, la inducción de esta emoción pretende actuar como motor para el cambio. Por otro lado, el miedo anticipa un daño y funciona también para regular la subjetividad hacia un nuevo paradigma del consumo, la producción, los hábitos domésticos y las relaciones sociales. Pero, ¿en qué medida ha calado la sensación de terror y responsabilización del individuo en relación con la “emergencia climática”?

En un segundo momento, surge un cuestionamiento y un debate relacionado con la culpabilización. Hay una percepción bastante generalizada de que el señalamiento individual es injusto, e incluso instrumental a los intereses económicos globales (como profundizaremos en el siguiente epígrafe). Cuando se dan cuenta de que un problema global está fuera de sus manos, puesto que no puede conllevar soluciones tan individuales, en algunos casos se despolitiza el cambio climático, aludiendo a la incapacidad humana de frenarlo.

Los grupos de mujeres y hombres adultos y autóctonos, pasan de un discurso del terror a relativizar el daño o riesgo del cambio climático, planteando el cambio climático como sinécdoque naturalizante de la vida humana (cambio climático como esencia de la vida), una parte inevitable y natural de la vida;

- *“Para tener cabeza y para pensar, yo creo que a lo mejor somos calamidad, ¿pero no será también un **futuro** de la misma vida?”* (G2)
- *“La vida es una **rueda**”* (G2)
- *“Yo he escuchado que esto es **cíclico**”* (G2),
- *“Hasta dónde nosotros tenemos datos más o menos y tablas fidedignas para afirmar que el cambio climático se encuentra que se hace casi, casi vinculado a la actividad humana”* (G1).
- *“También se perdieron los dinosaurios y nadie está diciendo que fue culpa del cambio climático. (...). Históricamente en **España ha sido un maldito secarral toda la vida**, lleva siendo un secarral desde que conocemos que existe la península ibérica, por qué de repente es un problema.”* (G4).

Además, se plantea una metáfora que compara las creencias en el cambio climático con la religión: *“El cambio climático está llegando ya a unos niveles en que se está convirtiendo en religión.”* (G1). Como en toda religión, en relación con el cambio climático hay una casta y un lenguaje incomprensibles para el pueblo, el tema es global, insalvable y muy grave. Cada cual es responsable y puede ser controlado por una nueva Inquisición puesto que hay pecados (contaminación como pecado), aunque existen bulas que permiten que los más ricos paguen para poder pecar/contaminar.

Todos los grupos comparten cierta indignación con el señalamiento, casi exclusivamente a ellos como individuos, por no tener mejores hábitos de consumo, transporte o reciclaje, de acuerdo a una supuesta evidencia científica que apenas comprenden. Es decir, perciben que se les inculca una fé en el cambio climático, porque no entienden el fenómeno pero se les pide que comulguen con lo que dicen sus líderes (cosmopolitas).

Podríamos decir que la forma en la que estos grupos perciben cómo se plantea el cambio climático, impregnado en discursos y nuevos repertorios morales y emocionales, está muy relacionado con la religión. Y esa religión tiene una tonalidad de predestinación casi calvinista: parece avecinarse una catástrofe y todo el mundo tiene que comportarse de forma intachable sin saber si está salvado o condenado, bajo los ojos de la comunidad y sin intermediarios.

La ruptura en las cadenas de sentido produce una ambivalencia, catastrofismo y relativismo, culpa y evasión, que genera confusión, y en ocasiones rechazo por sentirse utilizados o incluso engañados. Sin duda, el discurso del terror y culpabilización individual no está funcionando para movilizar o sensibilizar a las clases sociales más bajas, no lleva a la acción o implicación, porque el cambio climático no es un tema que les preocupe de manera inmediata, y además genera una visión de la humanidad muy negativa, que erosiona la esperanza por la falta de visión de futuro. No hay una retórica que politice el fenómeno, con estrategias semánticas y políticas que permitan pensar de manera compleja en los responsables (a escala global, nacional y local) y asuma las relaciones políticas reconociendo las diferentes posiciones de poder.

Finalmente, en varios de los grupos surge de forma melancólica y resignada la única vía que parece posible: habrá que irse a vivir a un monte puesto que la sociedad en sí misma ha sido descrita como culpable.

El cambio climático como cortina de humo. Una sensación de engaño y estafa

En segundo lugar, emerge un marco desde el que se interpreta el cambio climático como una cortina de humo, por la falta de coherencia que hay entre los discursos catastrofistas y la falta de acción política. Se plantean que si la situación es tan grave, ¿por qué las autoridades públicas no toman medidas más contundentes?: Regular el consumo, la producción, la actividad de grandes empresas multinacionales, etc. La metáfora del cambio climático como cortina de humo, que emerge de los propios discursos analizados, resulta cercana al concepto de “incertidumbres fabricadas” de Beck (2004) aludiendo a la inmaterialidad de nociones fabricadas por expertos e

industrias globales para dar sentido - desde su razón y lenguaje - a la materialidad del riesgo.

Los grupos sociales analizados consideran que, de ser una emergencia de una importancia y escala tan grande, no delegarían su respuesta en el mercado y la acción individual, ni se incumplirían los objetivos climáticos que se ponen los Estados, sino que los actores públicos tendrían que asumir su parte y poner en marcha políticas de gran calado. Pero, como no ven que la acción política sea coherente con el discurso de emergencia y terror, piensan que el cambio climático es una estafa hacia “*los de abajo*”; una nueva moda que les fuerza a consumir nuevos productos y servicios. En los siguientes relatos, no se niega que exista el cambio climático, pero sí se cuestiona la instrumentalización de una gravedad amplificada para hacer negocio.

*“Eso es evidente, eso es evidente, lo estamos viendo, pero las necesidades que tenemos nosotros y las inquietudes que tenemos todos nos las están potenciando de tal manera para poder atajar eso de una manera radical. **Lo están alargando por intereses, todo por intereses, por el petróleo, todo por intereses.**” (G1)*

*“Es un negocio que se ha montado, que ni los que lo llevan se lo creen ellos mismos, porque al final **son los primeros que incumplen las normas que ponen, los topes que se ponen, los plazos que se dan, los incumplen, al final esto es todo, si es que vivimos en una sociedad capitalista que lo que prima va a ser otra cosa. Esto al final es negocio.**” (G1)*

*“Yo creo que tendrían que sacar unas normas diferentes y seguirlas y no hablar tanto y hacer lo que, no sé, **no veo coherencia en lo que hablan con lo que hacen.**” (G2).*

Las incoherencias en las propias innovaciones que se plantean como solución al cambio climático, como el coche eléctrico, refuerzan la idea de que la supuesta emergencia es un pretexto para hacer negocio.

*“Yo lo he visto y lo he escuchado por los propios ingenieros, ahora se llevan mucho los coches eléctricos (...) miden lo que contamina hacer las baterías de los coches eléctricos, **es muchísimo más lo que cuesta hacer las baterías de los coches eléctricos** que todo lo que han contaminado los coches desde los 70 hasta actualmente. ¿Qué significa eso? Que seguimos siendo que todo es **generar dinero como sea**, entonces te hacen una moda, te hacen a ti responsable, pues compra el coche eléctrico, para que tú pongas tu dinero, ellos no te dicen que para hacer las baterías de esos coches...” (G4).*

Si el cambio climático es una cortina de humo, sólo se podrá abordar cuando se despeje esa niebla; con una retórica más compleja sobre las responsabilidades de diferentes actores (económicos, institucionales, sociales), apelando también a empresas multinacionales y gobiernos multi-nivel.

La impotencia popular. Pequeñas personas atomizadas frente a grandes poderes

Tanto la escala del problema del cambio climático, que se plantea principalmente como global e inabarcable para grupos de clases bajas arraigados en lo local y con poco poder, como la noción de que el cambio climático responde a intereses económicos, dan lugar a una sensación de impotencia y derrota. La impotencia de un pueblo atomizado, sin poder de negociación colectiva, y utilizado por poderes económicos globales. Se narran como espectadores de la connivencia entre los que se enriquecen del negocio verde y los poderes políticos. Ni siquiera los jóvenes tienen la fuerza como grupo para plantear canales de acción. Comparten la sensación de ser *“hormiguitas en una gran montaña”, “individuos como gilipollas que pagan el negocio de ellos”* o *“pequeñas personas frente a grandes empresas”*.

Además, se ven atrapados en una sociedad de consumo que no les da margen para cambiar sus prácticas; si consumes (alimentos, productos, servicios), contaminas. El uso de plásticos como envoltorio de productos, los coches eléctricos que contaminan en su fabricación, la explotación de bienes y personas en diferentes países en el sector textil, o la especulación con la energía o la vivienda, son algunos casos que les indignan. Sobrevuela una sensación de límite de la sociedad de consumo, y cuestionan que no haya políticas que regulen el consumo siendo una parte tan clave para abordar el cambio climático. Aunque hay debate en los grupos sobre hasta qué punto el consumidor es un sujeto político con capacidad de cambiar los ritmos y formas de producción, hay un cuestionamiento importante sobre lo que aparece como una civilización, no una serie de prácticas sueltas y reversibles.

Esta línea argumental les lleva a problematizar la práctica empresarial y pública, para denunciar que se les culpa a ellos como individuos cuando se consideran impotentes frente a grandes alianzas globales de negocios y estados. La impotencia como clases populares es común a todos los grupos; sin embargo, la sensación de estar siendo estafados por empresas y el Estado, y cómo acaba generando una desconfianza en las instituciones, no aparece en el grupo de señoras pero sí en el resto¹¹. En los verbatim

¹¹ Las mujeres están de hecho menos presentes en los foros y relatos de conspiración, quizás porque nunca han sentido que tengan poder y no creen por lo tanto que se les haya arrebatado. Son críticas con el tema, pero no se sienten tan estafadas o engañadas como otros grupos.

a continuación se aprecian algunos ejemplos de la sensación de impotencia y estafa en los grupos de hombres adultos, inmigrantes y jóvenes.

*“-Somos **marionetas, somos mercados** y nos utilizan.” (G1)*

*“Nosotros ponemos en general valores para el reciclaje, para la limpieza y para todo eso, pero eso en qué proporciona el cambio climático con las grandes contaminaciones, cuando un estado puede dar vía libre a una empresa que contamina porque genera empleo, porque da dinero, porque te ofrece viviendas. Entonces esos en proporción a lo que nosotros podemos reciclar qué es, nosotros vamos a tener esos valores, **pero ¿quién es realmente el que se tiene que mentalizar?** ¿Los estados a lo mejor que las que contaminan, un China con el carbón, uno con las máquinas?” (G1)*

*“Se nos ha metido en **un círculo que es difícil salir**... porque los poderes están en el dinero y el dinero te marca lo que hay que hacer” (G1)*

*“(...) y **los de arriba son los que más contaminan**, pero claro, nosotros que si te van a vender unas galletas y te pone el envoltorio de la galleta y cada galleta con otro plástico...” (G4)*

*“Nosotros como personas normales, de lo más bajo en ese sentido, **no podemos realmente hacer nada**, por mucho que intenten inculcarnos que sí, porque si dejas de comer carne estás consumiendo otros productos que tienen otro tipo de contaminación diferente.” (G4)*

*“Se pone mucho hincapié que nosotros individualmente intentemos ser lo más ecológicos posibles, no sé cómo explicarlo, pero sin embargo el que más contamina, por ejemplo agua y el que más control tiene del agua es Coca-Cola, es decir, las grandes multinacionales, que son las que están fastidiando el planeta, (..) **tú eres una hormiguita en una montaña.**” (G3)*

*“**Son los grandes que se lavan la cara**, pues por ejemplo vas a comprarte ropa y te dice 50% material reciclable y no te cuenta que para hacer esa ropa, que se ha ido a un país asiático o a un país africano, toda la mierda que ha hecho, toda la esclavitud, todo lo que ha implicado eso para venderte a ti eso y encima te lo pone de mala de calidad para que tú tengas que comprar dentro de tres meses más y sigas consumiendo. Es decir, que los de arriba, digamos, o los que tienen el poder y los que más contaminan, o sea los mayores responsables de la contaminación no se les exige, yo al menos no oigo y sin embargo todo el rato oigo “no, no, nosotros contaminamos”. (G3)*

*“Entonces al final tú como individuo eres **el gilipollas que paga el negocio de ellos.**” (G3)*

*“Debería existir más control y leyes políticas para las empresas, porque pienso que **son las grandes empresas, no son las pequeñas personas**” (G3)*

La conclusión es clara: *“Nosotras solas no podemos”* (G3)

La muerte del barrio. La pérdida de sociabilidad en la ciudad

La impotencia de las mujeres adultas y autóctonas es algo diferente, ya que está relacionado con la dimensión más local. Con sus barrios, hogares, circuitos de consumo y relación con generaciones futuras. Ellas insisten en el peligro de que desaparezca el pequeño comercio, como se ve en los siguientes verbatims:

*“A mí me parece que como se está quedando Vitoria, sobre todo el centro y barrios, se están **cerrando muchísimos comercios**, no sé, a mí me da como **pena** en ese sentido, que se está quedando como todo cerrado, todo lonjas cerradas, tiendas cerradas.*

*-Las **grandes superficies** que han hecho mucho daño.*

-Hombre, los mercadillos de barrios han cerrado, los mercados de abasto, esos sí se han cerrado, pero bueno.

*-Los **barrios están muertos, todas las lonjas cerradas.***

*-**Culpa del ayuntamiento** por dejar abrir tantos supermercados.. dando permisos.” (G2)*

Los mercados y pequeños comercios en los barrios están siendo sustituidos por la proliferación de grandes superficies, y una falta notoria de políticas públicas ante este cambio que para ellas es fundamental. De nuevo, la idea de un actor grande y poderoso (super-mercado) arrasa con la pequeña lonja de barrio, frente a una ausencia de Estado que lo impida. Los pequeños comercios, además de tener más productos de proximidad y posiblemente más ecológicos, fomentan una sociabilidad, relaciones sociales y economía local que ellas ponen en valor. Denuncian que **“no se ha pensado en la ciudad”**. De la muerte del planeta pasan a señalar la muerte de los barrios.

El debilitamiento de la economía local se relaciona con la pérdida de solidaridad y vínculos que narran las mujeres y hombres adultos y autóctonos. La pérdida de vínculos sociales socava la red que sostenía - en la sociedad industrial - a las clases populares, dejándoles desposeídos de estructuras y formas de acción como grupo.

Las señoras señalan:

- *“La gente es muy para adentro, no ves una sonrisa”,*
- *“Eso sí que se nota, menos empatía”,*

- *“Muy poca”,*
- *“Menos alegría”,*
- *“Todo el día enfadados”,*
- *“Las prisas”. (G2)*

De forma muy similar, los señores:

- *“El problema es que nos encerramos en lo nuestro.”,*
- *“Yo es que **no veo sociedad**. Para mí una sociedad es una gente interactuando y yo no veo eso. Entonces como sociedad yo no veo futuro. Estamos atomizados hace muchísimo tiempo, nos hablamos por cortesía y punto, o sea no nos tocamos”,*
- *“Estamos tan centrados en nosotros mismos, con la pantallita, con los móviles que nos aislamos del mundo y solamente pensamos en nosotros”. (G1)*

Los jóvenes son los más desconectados de los barrios, no los mencionan, y lo que les preocupa tiene que ver con su implicación en los flujos globales de la información (en redes sociales como Tik Tok). Les parece que hay un *“bombardeo de información”* sobre el cambio climático, que hace falta ordenar para poder concienciar mejor. Incluso hablan de un *“portavoz del pueblo o algo parecido”*, que no pertenezca a la clase política y les pueda explicar e implicar de manera honesta.

Ellos, que podrían disfrutar de los beneficios de una sociedad cosmopolita, no tienen ni el deseo ni los recursos para hacerlo y más bien se ven arrastrados, sin tiempo para pensar. A juzgar por los discursos del grupo de jóvenes, no hay un mundo social que sustituya o compense la muerte de los barrios.

Conclusiones. Ni negacionistas ni ignorantes

Los y las participantes de los grupos de discusión muestran un grado de información suficiente en relación con las causas y efectos del cambio climático. Incurren en algunas confusiones como mezclar el calentamiento global con otros fenómenos dispares: la destrucción de la capa de ozono o los océanos llenos de plásticos. A nuestro entender, esto no muestra ignorancia, sino que sitúa el problema en los límites ecológicos y en la visión de una naturaleza explotada en exceso o puesta en peligro por el modelo económico.

Lejos de parecernos un error de visión, pensamos que responde a un marco más amplio, el de la sostenibilidad o la ecología, que llevan oyendo y a menudo apoyando desde hace años. Son conscientes de que el problema clave es un sistema de

producción que se basa en el beneficio y exige un consumo continuo de materiales y energía. Y saben que los residuos que ese sistema genera contaminan, no siempre cerca de donde se producen. Tienen claro –como productores y consumidores- que un modelo así no es justo y explota zonas enteras de la tierra y países más pobres. “Es el capitalismo” dicen.

De hecho, podemos considerar su discurso como la prueba del éxito de un mensaje ecologista, o de sostenibilidad, que ha calado profundamente en la sociedad. La idea de límite y el malestar por modos de vida que les parecen insostenibles está muy presente y ni siquiera el optimismo tecnológico compensa esa sensación de estar en el umbral de un cambio de época.

Podríamos incluso preguntarnos por qué motivo el cambio climático ha desbordado el marco ecologista que lo incluía y que afecta a otras áreas y temáticas hasta acaparar toda la atención pública¹². Desde luego, los grupos se lo preguntan. Y sus respuestas no son siempre las del consenso climático. Por ejemplo, aunque se trata de una voz minoritaria, uno de los jóvenes exigía volver a la energía nuclear, que le parecía la más adecuada desde el punto de vista del calentamiento global y de la soberanía energética. Aislar el tema climático de otras cuestiones sociales y problemas ecológicos puede llevar a estas “soluciones”.

Por lo tanto, los participantes están dispuestos a transformaciones en ese modelo, pero siempre que cumplan dos condiciones: que la cadena de sentido y de causa efecto les parezca lógica y realista, y que se pongan las condiciones para hacerlo posible. Todos comprarían productos de proximidad, pero no tienen dónde. Todos irían caminando o en bici al trabajo, pero necesitarían otros horarios para conciliar su vida familiar y laboral. Son favorables a las energías limpias, pero necesitan consejo y apoyo económico y facilidades administrativas para cambiar sus viviendas, etc.

Que sean críticos con el discurso hegemónico del cambio climático y de la transición verde no los convierte en negacionistas. Cuando dudan de la responsabilidad humana en el aumento de temperaturas no es para negar que existan fenómenos que hay que mitigar, sino porque el propio discurso climático y su escala los lleva a una visión planetaria y de muy largo recorrido, a-histórica, que les conecta con la impotencia. Además dudan de la responsabilidad individual, no del impacto de las acciones de las empresas y de los gobiernos. Es decir, intentan recomponer con su discurso una lógica política que haga abarcable el tema y posible el cambio y el futuro. Construyen

¹² Las propias misiones de la UE tienen otros dos objetivos no climáticos, pero que tienen mucho eco en las mentalidades, a juzgar por la conversación de los grupos: la recuperación de los suelos y de los mares.

imágenes con su experiencia, al igual que el resto de los grupos sociales y al igual que los propios científicos o líderes en este tema.

Lo que sí transmiten es cierto enfado, que aún no llega a amargura. No sólo se les embarca en cambios productivos sobre los que no tienen control sino que se les culpa de la lentitud de las transformaciones en sus hábitos. Al final, sienten que todo consiste en decirles: *“Hay un problema en el mundo, es tu culpa, coge este producto y encima cinco veces más caro”* (G4). Es decir, publicidad engañosa. Y cuando dudan o piden explicaciones, se les tilda de negacionistas, una palabra llena de fuerza que ha entrado en el lenguaje social para desarticular cualquier crítica a una serie de consensos¹³. Desafortunadamente, al bloquear la crítica se bloquea también la conversación, la acción, la capacidad de intervenir de las personas con menos poder.

De ahí que la propuesta esencial de este estudio sea distinguir. Distinguir planos y escalas, distinguir discursos y distinguir causas y efectos, responsables y acciones. En la amalgama actual, río revuelto o discurso frenético, muchas capas populares se inhiben o directamente se enfadan, puesto que se las empuja a cambios que no siempre les favorecen y además se les trata como si no tuvieran inteligencia ni visión propia de su realidad. O peor, como si su mundo cultural fuera en sí mismo un obstáculo al avance social.

La vida y muerte de los barrios nos parece un ejemplo perfecto de esta ambivalencia del discurso. Las élites, las clases medias y las personas cosmopolitas (es decir las que participan de la ética del nuevo capitalismo) solicitan a las autoridades una ciudad saludable, cómoda, verde, estética, con movilidad sostenible, donde las vidas privadas se desplieguen sin obligaciones hacia la comunidad.

Las clases populares reclaman barrios donde las personas puedan reforzar sus lazos de clase y organizar su propia cultura y su propia sociabilidad. Lejos de ser compatibles, estas dos visiones se separan cada vez más. Incluso en temas que parecen neutrales, como la peatonalización de las calles, que algunas voces de los grupos critican, siempre desde el lugar de la sociabilidad en peligro: *“No me gusta nada lo peatonal. La gente se pone como robot”* (C2).

Cuando se pide al pueblo que apoye medidas y visiones de otra posición social, no hay que perder de vista esta realidad que muestran los grupos. El universalismo (y su lenguaje científico-técnico) oculta a menudo una gran fractura de clase.

¹³ Lo mismo pasa cuando se llama “racista” o “patriarcal” a cualquiera, tanto el que desprecia o discrimina a los inmigrantes, como al que reclama más ayudas y apoyos para el barrio o el colegio lleno de personas recién llegadas que hay que integrar en esas estructuras. Tanto a los misóginos como a los hombres y mujeres desconcertados con el fin del género, etc. (Pernas y Román, 2018).

En cuanto a los jóvenes, coinciden en la crítica y el malestar, pero no en la solución. Ya no hablan de barrios y relaciones populares porque han perdido esa experiencia. Ya son solo individuos, pero sin las garantías económicas y el potencial para disfrutar de un mundo global de la juventud de clase media y cosmopolita. Están entre dos aguas y su desazón se explica por esa falta de suelo.

Por último, no hay que olvidar que los grupos reclaman la presencia de las políticas “de Estado”: energía, alimentación y agricultura, sequía y agua, transporte y distribución, consumo. Todo ello exige acuerdos, leyes, inversiones y decisiones de redistribución social y territorial, que no ven, o no son bien explicadas. Sin esa dimensión, les parece imposible abordar transformaciones como las que se reclaman desde los discursos del riesgo climático.

*“Yo la globalización, a mí tampoco me termina de convencer, y yo no soy de ningún partido, a mí la política no me gusta, **pero mi país me gusta mucho y en mi país antes había vacas, ovejas, había cerdos, había de todo.** ¿Ahora qué hay? Ahora nos vamos a morir de hambre como esto siga así. A mí me da mucho miedo todo eso.” (G2)*

Recomendaciones. Cómo politizar y socializar un problema complejo y polarizado

Las clases sociales más bajas necesitan (re)construir sus vínculos, necesitan el barrio para poder tejer un poder colectivo, e implicarse como agentes del cambio en negociaciones colectivas (sobre empleo verde, movilidad y economía circular en sus barrios, adaptación al cambio climático en sus entornos escolares y espacios públicos, etc.). Exigen también políticas nacionales (o multinacionales, Europeas) de gran calado que implican conflictos de intereses y decisiones concretas sobre las que debatir y llegar a acuerdos.

No es posible socializar las misiones climáticas sin abordar estos dilemas. Por ello, y sabiendo que en este informe corresponde situarse en la ciudad de Vitoria, nos preguntamos cómo politizar el tema. A nuestro entender hay varias líneas de actuación y comunicación sobre las que reflexionar y elaborar acciones: (1) Reconstruir la escala y el tiempo de la acción humana, (2) Conectar con las preocupaciones de las personas, (3) Distinguir en los discursos los diferentes planos lógicos, (4) Educar: ¿en qué y a quienes?, (5) Transición de relaciones y lazos sociales, (6) Enfoque multidisciplinar e interdepartamental.

Reconstruir la escala y el tiempo de la acción

El tiempo largo y la escala global sostienen un discurso de la globalización que deja a los actores sociales inermes y enfadados. Si buscamos su compromiso y apoyo a políticas complejas, hablemos de los problemas de España y de sus ciudades y pueblos: demografía y sociabilidad, vivienda, agricultura, empleo, tiempos de vida y de trabajo. Estos temas tienen evidentes vínculos con el cambio climático, es decir, con acciones que pueden llevar a descarbonizar la economía o a adaptarse a los fenómenos climáticos adversos. Pero aunque no estuvieran claramente enfocados en esa dirección, son los temas que preocupan a las personas y las movilizan, y exigen respuestas públicas. Son también los debates realmente difíciles de abordar. Podemos reconstruir las cadenas de sentido, pero para ello el debate debe escapar del tremendismo y de la temática del futuro de la humanidad. El tiempo biográfico y el tiempo histórico son escalas que la gente entiende y que dan esperanza y arraigo a las políticas.

Un ejemplo: ¿la crisis demográfica que vive España está relacionada con el cambio climático? Para las personas de clases populares es evidente que cualquier transformación social exige esperanza y vínculos con el futuro. Sin niños/as y jóvenes ese futuro se compromete. Lo que se ha roto, y padecen agudamente los jóvenes, es esa rueda que lleva a cambiar continuamente el mundo y a adaptarse, creando nuevas reglas. *“La juventud también es revolución. Revolución desde todo lo que abarca la palabra, de nuevas tecnologías, nuevos pensamientos, nuevas corrientes artísticas, nuevas formas de ver la vida.”* (G1)

Cualquier ejemplo que tomemos nos habla de esta necesidad de resituar las escalas, no en la nostalgia ni en un presente continuo que lleva a la depresión, sino en un futuro colectivo que tiene que plantearse como algo mejor que lo que tenemos. Pero mejor porque lo hemos decidido así como sociedad adulta, no porque una mano invisible nos castigue si no cambiamos.

Escala y tiempo no es cortedad de miras. Hay que tener claro y comunicar qué políticas son locales o regionales, cuáles nacionales y europeas, en cuales dependemos de acuerdos internacionales, etc. La ambición puede estar presente, como cuando los grupos y las misiones climáticas hablan de limpiar los mares, pero en cadenas de sentido lógicas donde se vean los pasos y se distribuyan las responsabilidades en función del poder y no de la culpa.

Conectar con preocupaciones de las personas

La temática climática puede movilizar y reunir a personas diferentes en políticas innovadoras, como quieren las misiones, siempre que conecten y no ignoren las preocupaciones de los individuos y grupos. ¿Cuáles son esas prioridades?

*“A mí lo que me preocupa es lo que me pasa por donde vivo, lo de Putin está muy bien, pero eso puede afectar, no digo que no puede afectar, pero a mí **me preocupa ir al súper y que esté todo caro, me preocupa ir a buscar a mi hijo y un día tarde media hora y otro día diez, me estreso, el transporte, pues cosas rutinarias, eso es lo que me preocupa, mis hijos, la seguridad, porque ahora hay bandas que te salen con un machete impunemente.**” (G1)*

Preguntados los grupos por las prioridades con una serie de conceptos que tenían que ordenar, el cambio climático y la inteligencia artificial se situaban los últimos, no sin debate¹⁴. Pero el empleo y la vivienda eran los primeros. Como hemos visto en el análisis, en el discurso espontáneo, la economía y el empleo, junto con la demografía y los lazos sociales fueron los temas más repetidos. Las políticas deberían enfocarse hacia esos temas: el precio de la vivienda, la oferta de nuevos empleos de calidad (en la economía verde y azul), la alimentación y el pequeño comercio, etc.

Una vez más se trata de escuchar a los que no niegan la importancia de los cambios sino su capacidad de emprenderlos solos. Un ejemplo: al hablar del “derecho a tener un coche”, todos los grupos expresan que se trata de una necesidad. El transporte público es bueno, la ciudad no es grande, pero los horarios de la vida y el trabajo no les permiten la tranquilidad de usar medios públicos o ir caminando o en bici. No puede hablarse de una verdadera revolución en la movilidad sin pensar en los tiempos de la ciudad, sobre todo en los turnos y horarios de las clases bajas, que son normalmente los menos flexibles y cubiertos por servicios (desde guarderías a autobuses). Conciliación familiar y movilidad están unidos. Y lo mismo puede decirse de tomarse más tiempo para comprar en comercios locales en lugar de ir al súper. Una política de pequeño comercio o de mercados locales de productos frescos es muy valorada, pero creen que se ha abandonado.

En todos los temas del cambio climático, podemos hacer esta misma operación de reconexión con políticas que importan y que no por ello son menos ambiciosas o innovadoras. De hecho, sin innovación pública no puede cubrirse ninguna de esas demandas. Algunos de los temas pueden ser la base para una colaboración con las administraciones:

- El empleo verde merece una política clara: lo que más preocupa a la clase obrera en crisis y a sus hijos es la desaparición o debilitamiento de empleos que permitían dos cosas: un proyecto personal de emancipación y una organización

¹⁴ Se les proponía que ordenaran del más importante al menos unos carteles con los conceptos siguientes: Empleo, vivienda, igualdad, seguridad, cambio climático, e Inteligencia artificial.

colectiva¹⁵. ¿De qué empleos estamos hablando ahora? Puede que no sean industriales, pero deben ser cada vez más verdes. ¿Cómo plantear la economía verde más allá de los sectores tecnológicos y masculinizados? ¿Qué papel juega la logística urbana, la manufactura, la artesanía, la dinamización del territorio? Y, sobre todo, ¿cómo plantear el gobierno de la transición de la economía? Los sindicatos, la unión de emprendedores o autónomos, las asociaciones de empresas o los parques industriales pueden ser clave.

- La recuperación o sostenimiento del pequeño comercio es un clamor popular. ¿Qué es la ciudad sin tiendas y mercados? Una política de comercio que una la soberanía alimentaria, la distribución, la agricultura local y la vitalidad urbana puede ser interesante para muchos públicos. Las personas son muy sensibles a la muerte de las calles y los barrios, porque es la muerte de su sociabilidad y redes de apoyo, pero también a la muerte del campo y de la agricultura. La necesaria renovación de ese ámbito se tiene que hacer considerando las cadenas de distribución y los precios.
- La vivienda: no puede separarse completamente la rehabilitación de vivienda para hacerla adaptada al calor, con el ahorro energético y la reducción de emisiones, y con el precio y acceso a la vivienda. Si la gente no puede emanciparse ni sostenerse con un sueldo por el precio de la compra o del alquiler, ¿cómo se les va a pedir que se comprometan en mejoras cuyos beneficios verán a medio plazo? Las comunidades energéticas, por ejemplo, son un buen ejemplo de una política climática que aporta otros beneficios: de conciencia cívica, unidad vecinal, calidad de vida y salud, ahorro económico, etc. Pero son políticas de clases medias y el enfoque con clases populares ha de ser otro, que debe discutirse con sus protagonistas.

Discurso cuidado: discernir el trigo de la paja

Además de cambiar el foco de las políticas públicas y su alcance y objetivos, hay que cambiar el discurso del cambio climático que hemos definido como “frenético”. La publicidad y las campañas tienen gran impacto, pero se suman y mezclan sin claridad: la capa de ozono, los plásticos en los mares, los virus, se superponen con la contaminación. Caos que no parece posible abordar y desenredar. Por lo tanto, si el marketing público o las campañas de los activistas por el clima se juzgan por sus resultados en un público general, podemos decir que han sido un éxito en cuanto a la

¹⁵ Bromean con el cambio en el estatus de los trabajos en la industria: antes se decía que el que vale, vale y el que no a la Michelin, “Y ahora es afortunado el que está en la Michelin” (C2)

escucha, pero un fracaso en cuanto a mover a la acción. ¿Cuál era su intención? ¿Poner en la agenda las cuestiones climáticas, influir en los gobiernos, explicar a las personas qué pueden hacer en su vida y consumo? No puede haber una comunicación que no tenga claras estas preguntas.

En cada caso hay que analizar qué se pretende, a quién se dirige y a quién corresponde lanzar mensajes. Es decir, discernir la paja del trigo y en vez de plantear un discurso único técnico-científico, en una escala planetaria, y un tiempo lejano e incierto; ¿qué tipo de lenguaje y llamada a la acción tiene que ver con la comunicación entre experto y políticos? ¿cómo conectar con problemas cotidianos y locales para apelar a la ciudadanía? ¿qué implica para las empresas y las organizaciones sociales?. Además, la comunicación no es solo la campaña o el mensaje, sino las acciones. La gente desconfía del discurso por la distancia que existe entre la gravedad de los males y la impotencia para aplicar medidas y hacerlas cumplir.

Hay cambios que corresponden al mercado (con orientación y probablemente inversión pública), como puede ser la innovación tecnológica de vehículos eléctricos sin dejar de atender la movilidad activa. Pero un cambio en la movilidad no puede reducirse a eso, como se explicó más arriba: tiene que ver con el urbanismo, con el papel de los equipamientos, con el comercio, con la proximidad y la expansión urbana y con los tiempos y horarios de la ciudad. Lo mismo puede decirse de cada medida o acción.

Otros cambios van a depender en mayor medida de la administración pública, a nivel local, regional, nacional y/o Europea, requiriendo acuerdos entre niveles. Por ejemplo en materia de empleo, vivienda o pequeños comercios, como se ha comentado antes. El sector cultural y educativo, y las organizaciones sociales (o tercer sector) cumplen también una función clave en acercar a la ciudadanía a nuevas formas de consumo, percepción del riesgo climático, nuevos escenarios de futuro y formas de acción colectiva.

Un discurso claro y complejo que permita trazar una reacción entre la indiferencia y la sobreacción (Rodrigo-Cano, Mancinas-Chávez, Rosalba & Fernández-Reyes, 2021), y plantee un lenguaje y código diferente según a quién y para qué. Todo ello, con el objetivo de implicar, en diferentes ámbitos y niveles, a actores diversos, y para llegar a acuerdos.

Educar, ¿en qué y a quiénes?

El análisis del discurso de los grupos pone en entredicho la pedagogía, que aparece en muchas soluciones: “concienciar, ¿a quién?” Se preguntan los participantes. En primer lugar porque niegan que el lugar de la transformación sean las conciencias individuales. Si hablamos de políticas y no de religión, ¿es necesario que la gente sepa las consecuencias y los riesgos de sus actos y cambie su comportamiento? ¿Qué le corresponde a la política y a la economía entonces?

En segundo lugar, porque les parece que los cambios en la vida cotidiana o en el consumo están abocados a la contradicción o a la irrelevancia: los jóvenes se preocupan mucho, explican, pero luego están una hora en la ducha, necesitan un número enorme de camisetas para estrenar, etc. Como se dijo más arriba, saben que hay que comportarse con lealtad a la ciudad y con orgullo, lo llaman civismo y urbanidad. ¿Dónde están esos términos en la pedagogía actual? ¿Quién les pide su ayuda, su conocimiento, sus lazos de solidaridad? A lo que se apela es a un consumidor que vive al parecer en el aire, tomando decisiones individuales en un mundo sin presión ni necesidad. No pueden reconocerse en ese sujeto aislado.

Por último, el tono de la pedagogía los ofende. Hay que huir del paternalismo cosmopolita. No queremos ni podemos hacer una sociedad de ingenieros; sería una imposible *sociedad mundial tecnocrática pospolítica* (Beck, 2006). La ingeniería (para la transición energética), la arquitectura (para la rehabilitación de viviendas), entre otras, no pueden ser *profesiones inhabilitantes* (Illich, 1997) es decir, disciplinas sobre las cuales depositamos nuestro poder y que publicitan cada solución a un nuevo “problema” diagnosticado por ellos y desconocido por el resto. Entonces, ¿qué tiene que saber la ciudadanía y para qué? Tenemos que mediar entre los saberes científicos y la ciudadanía para todo aquello que les interpela; a su trabajo, hábitos, consumo, salud, crianza, etc.

Por ejemplo, en la transición energética, los grupos de discusión manifestaron una confusión considerable por no entender el lenguaje y la abstracción de los discursos sobre el coche eléctrico y las comunidades energéticas. Si bien no van a convertirse en ingenieros de la energía, quizás sí pueden aprender cuestiones básicas para participar en comunidades energéticas, con el apoyo experto de ingenieros y sociólogos que median entre la ciudadanía y el conocimiento técnico-científico. Esta alianza social-ingenieril y ciudadanía es clave para que haya una participación de mayorías en la transición. Otro ejemplo tiene que ver con aprender a asociarse entre grupos de autónomos y emprendedores; las nuevas formas del trabajo llevan a un declive en la

capacidad de negociación colectiva de los y las trabajadoras que debilita su posición social como grupo.

Cabe preguntarse también ¿Qué debe aprender el Estado? ¿Cómo educamos a las empresas? Estos son sujetos políticos clave, mucho menos señalados que la ciudadanía individual. Para una transición profunda de nuestras sociedades, no es que necesitemos cambiar hábitos, es que eso es la consecuencia de un cambio de modelo de producción y consumo, un cambio cultural sobre las comodidades y el ocio. Sin duda, todo ello va a requerir un *Estado emprendedor* (en términos de Mazzucato, 2013), que - con una misión clara - piense de forma diferente, plantee procedimientos nuevos, proponga una forma de relación y negociación de acuerdo a los retos que busca abordar, e impulse una batería de políticas inter-sectoriales de calado.

Transición de relaciones y lazos

El poder de la clase trabajadora radica en sus relaciones sociales; a través del barrio y el sindicato ejercían su poder en la sociedad industrial. Ahora ese mundo está acabando, y (como decíamos antes) su base social y moral también. ¿Cómo acompañar a la transición de relaciones y lazos en el camino hacia la adaptación y mitigación del cambio climático?. Para una transición necesitamos vínculos y solidaridad, por eso necesitamos que las políticas de adaptación y mitigación trabajen a favor de una reestructuración de la vecindad, el asociacionismo, el diálogo y la cooperación.

Además, si se quiere hacer deseable una sociedad pos consumo, el bienestar tiene que definirse de otra manera: más tiempo para vivir y más lazos sociales, no más cosas. Pero esos lazos no son inventados, tienen que tener base cultural y sostenerse en dependencias y recursos compartidos. Todo lo contrario a lo que aspira una sociedad de individuos autónomos y cosmopolitas.

Se puede empezar por considerar toda política municipal desde este punto de vista: desde la construcción de vivienda al comercio; los equipamientos y las calles, la política de energía o la movilidad, impulsar todo lo que favorezca el encuentro social, intergeneracional y sobre todo la mezcla de rentas¹⁶. Del mismo modo, las políticas de adaptación deben encontrar modos de favorecer el apoyo mutuo y la interdependencia, o al menos la vitalidad del espacio y los lugares públicos. Un buen

¹⁶ Es fácil de observar que es lo contrario a la forma en que pensamos actualmente: la vivienda en bloques de manzana, los equipamientos sectoriales para dar servicios, las calles pacificadas y vacías, el transporte individual, todas las acciones llevan a una ciudad que los grupos entrevistados ven como insolidaria y aburrida.

barrio no es un barrio bonito y tranquilo, sino uno capaz de enfrentarse a los problemas que sobrevienen (una epidemia de gripe o de droga; desahucios, etc.).

Enfoque multidisciplinar e interdepartamental

Uno de los aprendizajes angulares de este estudio, y muy importante para guiar la gobernanza de las misiones climáticas en Vitoria, es el enfoque interdisciplinar que merece la adaptación y mitigación climática. Y, por tanto, un abordaje inter-departamental en las administraciones públicas. El cambio climático no es un tema que debemos discutir únicamente en términos científicos, ni en un lenguaje más vinculado al campo de la ingeniería, la arquitectura o el derecho. El cambio que trae consigo abordar los retos climáticos es de corte social, económico, tecnológico, urbanístico, comunicativo, y administrativo. Por eso, debemos poner en marcha una mirada compleja, que ponga en diálogo los saberes situados en materia de fiscalidad, economía local, trabajo social, ciencias sociales y naturales, urbanismo, comunicación, etc.

“El análisis del riesgo requiere un enfoque interdisciplinar. La ciencia del riesgo, sin la imaginación sociológica del riesgo construido y contestado, es *ciega*. La ciencia del riesgo no informada sobre “la segunda naturaleza” tecnológicamente fabricada de las amenazas, es *ingenua*” (Beck, 2006).

De manera específica, en las administraciones públicas, el primer paso debe ser poner en marcha y consolidar un grupo de trabajo inter-departamental, que sea capaz de asumir la responsabilidad de establecer las misiones de adaptación y mitigación climática como punta de lanza, para tejer políticas inter-sectoriales, y sobre todo ir aprendiendo sobre los proyectos piloto, las políticas interdepartamentales, la respuesta y el impacto que van teniendo, y las nuevas formas de gobierno y relación con empresas, tejido asociativo, sector cultural y ciudadanía general.

Como decía Meadows: actores sociales participando en la construcción y revisión de la visión y objetivos hacia las comunidades de riesgo (Beck, 2004) que sean la nueva base de la acción política y decisiones colectivas, en una sociedad mundial con sus propias formas de desigualdad, sus propios dilemas, valores y problemas de representación.

Referencias

- Arto, M., Pardellas, M., & Meira, P. A. (2021). La sociedad española ante la emergencia climática: cognición, emoción y acción. En Cano, D. R., Mancinas, R., & Fernández, R., (Ed.), *La comunicación del cambio climático, una herramienta ante el gran desafío* (pp. 273-296). Dykinson.
- Beck, Ulrich. (2006). *La sociedad del riesgo global* (J. Alborés Rey, Trans.). Siglo XXI de España Editores, S.A. (Obra original publicada en 1999)
- Esade (2022): *Radiografía de las divisiones y consensos de la sociedad española en torno al cambio climático*. EsadeEcPol Insight 39.
- González Gaudiano, Edgar J. (2012): "La representación social del cambio climático, una revisión internacional", RMIE, 2012, Vol. 17, número 55.
- Illich, Iván. (1997). *Profesiones inhabilitantes*. Moai Blogger.
- Lázaro, Lara, González, Carmen & Escribano, Gonzalo. (2019). "Los españoles ante el cambio climático. Apoyo ciudadano a los elementos, instrumentos y procesos de una Ley de Cambio Climático y Transición Energética". Real Instituto Elcano.
- Mazzucato, Marianna. (2013). *The entrepreneurial state. Debunking public vs. private myths in innovation*. Anthem Press.
- Pernas, Begoña y Román, Marta. (2018). "Percepciones, discursos y actitudes hacia personas inmigrantes en un barrio de Madrid". *Oberaxe*.
https://www.inclusion.gob.es/oberaxe/es/publicaciones/documentos/documento_0119.htm
- Ramos Torre, Ramón y Callejo Gallego, Javier (2022). "La preocupación social por el cambio climático en España: una aproximación cualitativa". *Política y sociedad* (Madr.) 59(3), 74131
- Ramos Torre, Ramón (2018). "Futuros climáticos en disputa". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 161: 87-102.
<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.161.87>
- Rodrigo-Cano, Daniel, Mancinas-Chávez, Rosalba & Fernández-Reyes, Rogelio. (2021). *La comunicación del cambio climático. Una herramienta ante el gran desafío*. Dykinson.
- Sennet, Richard. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama.
- Valdor, Paloma, Gracia, Ana & Quevedo, Noel. (2019). "Investigación social sobre la percepción del cambio climático". Red 4C.
- Wynne, Brian. (2004). "May the sheep safely graze? A reflexive view of the expert-lay knowledge divide" en S. Lash, B. Szerszinski y B. Wynne (eds.) *Risk, Environment and Modernity*, London, SAGE, 1996: 44-83. [Traducción al español en *Revista Colombiana de Sociología*, 23: 109-157.